

LA SOLUCIÓN

Por Patricia Mardones Mardones

Primer lugar

Si antes me aburría en la casa, ahora es peor. Y encima con el canto interminable de la famosa pandemia de la que todos hablan en la mesa, en el living, en el patio, en la tele...Por eso, y porque soy un gato aventurero y además escritor, salí sin que me viera la Sara que les daba una conferencia de un virus a Lucio, a la Beatriz y a la Rita Vieja, mientras fingían escucharla porque miraban las noticias y la Beatriz estaba pegada al celular.

Ya empezaba a oscurecer y el vecino don Gerardo estaba sentado como siempre a esa hora en el banco del jardín con su café y un libro. Me cae bien porque habla solo, dice cosas bien interesantes y me saluda y cuenta anécdotas. Así es que me fui a sentar un rato a su lado. Me acarició y me preguntó si sabía sobre el hombre sin cabeza. Le moví la cola y me entendió, entonces, comenzó a describirme al aparecido. Yo una vez también lo vi, pero me hice el leso para que me contara la historia.

Se trata de una de las poco conocidas leyendas urbanas de Arica en que se creía en el siglo pasado que, en ese sector en el que estábamos y vivimos, aparecía el hombre sin cabeza. Dicen que era un sector de conventillos y que, debido al trago y las malas costumbres de algunos, siempre se armaban roscas¹ descomunales. En una de esas, a alguien se le pasó la mano y a uno le cortaron la cabeza. Cuentan que desde entonces, en las noches de luna llena se aparece el hombre sin cabeza y el que lo ve se vuelve loco. Yo no creo lo segundo porque una vez lo vi y aquí estamos sanitos.

-Yo nunca lo vi, Polifemo, comenzó don Gerardo, pero varios que lo vieron se volvieron locos. Dicen que era un fulano inmenso, vestido de negro, lleno de sangre y descabezado. Parece que algunos que lo vieron...

¹ No se dice roscas, Polifemo. Se dice peleas. Ambarino.

Repentinamente, don Gerardo interrumpió su relato, y ¡claro!: eran las risas y burlas de los vecinitos de enfrente que habían estado espiando y se carcajaban con la historia.

Don Gerardo los llamó y comenzó a explicarles que era mala educación escuchar conversaciones ajenas. Los dos hermanos, Julio y Esteban, y el amiguito Ignacio, comenzaron a gritarle a don Gerardo que él era el loco de barrio y entre gritos, risas y topones le botaron el café, tomaron el libro y lo lanzaron a la calzada. Don Gerardo se paró a recogerlo y, en esa trifulca, se cayó y no se podía parar. El Ignacio cantaba “Se cayó el viejo loco” con ritmo de rap y los hermanitos bailaban carcajeándose. Yo no sabía qué hacer y miraba las ventanas de los departamentos, pero nadie salía. En eso, justo apareció por Colón un furgón de Carabineros y dobló hacia Yungay y, al ver a don Gerardo que trataba de pararse sin éxito con su libro, bajaron dos de ellos y todo quedó en absoluto silencio. Los muchachos quedaron tiesos y yo me alegré.

Con mucho respeto y cuidado levantaron a don Gerardo y lo sentaron con su libro en el banco. Le preguntaron el nombre y dirección, qué hacía ahí y qué había pasado.

Don Gerardo les contó que todas las tardes salía a leer antes que el sol se fuera y que se tomaba un cafecito, mientras conversaba conmigo, el gato Polifemo que era uno de los pocos que lo escuchaba con respeto, que a sus noventa y dos años tenía muchas ganas de contar tantas cosas que sabía, pero que pocos querían oír... y que en eso estaba cuando los chicos vecinitos le había botado el café y lanzado el libro a la calle mientras se burlaban de él.

El carabinero que preguntó anotaba algo y el otro, me miraba con simpatía, no aguantó y me hizo cariño. Le moví la cola para confirmar la descripción de don Gerardo. El carabinero que escribía llamó a los muchachos y les preguntó qué pasaba. El Ignacio, muy ofuscado le contestó que ellos no tenían por qué responder porque ahí no había delito, pero el Esteban, arrepentido, corroboró la explicación de don Gerardo, agregando que – “había sido todo sin mala intención, es que estamos aburridos por no ir a la escuela; pero que don Gerardo estaba enfermo porque siempre hablaba solo o con ese gato y que además quería asustarlos con la historia del hombre sin cabeza”.

En eso apareció la hija de don Gerardo y al enterarse, abrazó a su papá, miró feo a los muchachos, explicó que siempre hacían lo mismo, que hablaría con sus mamás,

pero después, porque a esa hora estaban trabajando en el hospital. Acto seguido, y a toda velocidad, entró al departamento y luego llegó con un termo con café y vasos para don Gerardo y los salvadores verdes.² El que escribía, mientras recibía el café, le preguntó a don Gerardo si se sentía bien, si podía caminar y él dijo que sí. El otro Carabinero les preguntó a los muchachos sus nombres, edades y domicilios y les ordenó que se sentaran junto a don Gerardo para escuchar bien la leyenda del hombre sin cabeza. Miró sonriendo a la hija de don Gerardo y le pidió tres hojas de cuaderno y tres lápices para los chicos. Todos miraron con extrañeza. La vecina corrió nuevamente y volvió con lo solicitado. Entonces, el suboficial dictaminó: -Don Gerardo, señora, jóvenes: “Felizmente, todo está bien. Esperamos que hayan aprendido que el respeto por todas las personas y los seres vivientes (y me volvió a acariciar) es una responsabilidad de todos para estar siempre bien. Nosotros debemos seguir trabajando y esperamos que después que don Gerardo les vuelva a contar la historia del hombre sin cabeza, cada uno de ustedes escriba un resumen en la hoja con su nombre. La señora les revisará la tarea cuando terminen. Si quieren puede enviárselas a sus compañeros y profesores por redes, siempre indicando que el autor de la versión de la leyenda es don Gerardo. Por favor, entren a sus departamentos una hora antes del toque de queda. ¿Les queda claro, señores?

Los muchachos asintieron, la hija de don Gerardo sonrió abrazando a su padre, quien comenzó: -“No sé si es verdad o fantasía, pero se cuenta que en el siglo pasado...”

Los Carabineros de Chile subieron al vehículo y yo me fui contento a la casa. Una por el resultado, dos porque una vez más vi a los Carabineros de Chile ser policías, enfermeros, profesores y padres, y tres, porque me gustó tanto la aventura que esperaré ansioso a que la Sara desocupe su computador para pedirle al Ambarino, gato del Office, mi Secretario y corrector de Gato Escritor, que digite y envíe la aventura a los lectores amigos para que también aprendan la lección: que en pandemia o cualquier circunstancia complicada, se debe mantener una buena actitud y ser generosos como los Salvadores Verdes de Chile.³

² Se dice Carabineros de Chile, Polifemo. Por favor. Ambarino.

³ Otra vez, Polifemo. CARABINEROS DE CHILE, por favor. Ambarino.